



El Crucero Yarará

Leo Masliah

Ediciones Godot | Narrativa Contemporánea

El crucero Yarará

Leo Masliah

Narrativa Contemporánea

Ediciones Godot

Maslíah, Leo, El crucero Yarará. - 2ª ed. - Buenos Aires :
Ediciones Godot Argentina, 2011. 1. Narrativa Uruguaya. I. Título
208p. : il. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-19-0
Fecha de catalogación: 26/05/2011

El crucero Yarará
Leo Maslíah

Página web oficial
<http://www.leomasliah.com/>

Ilustración de tapa
Iván Gamazo | ivan.gamazo@gmail.com

Corrección
Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores
Víctor Malumíán

Ediciones Godot
Colección Narrativa Contemporánea
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Facebook/EdicionesGodot
Twitter/EdicionesGodot
Buenos Aires, Argentina, 2011

a Flavia Costa

Ya lo dije tres veces. Y lo que
digo tres veces es verdad.

Lewis Carroll, *La caza del snark*

Ya lo dije tres veces. Y lo que
digo tres veces es verdad.

Lewis Carroll, *La caza del snark*

Ya lo dije tres veces. Y lo que
digo tres veces es verdad.

Lewis Carroll, *La caza del snark*

1

Simbad Geigy entró a la librería Del Otro Costal. Casi todas las noches, en su ronda literaria, pasaba por allí, pero rara vez entraba. Prefería otras librerías mejor iluminadas. Sin embargo entre el lunes y el jueves de la semana en curso había agotado su inspección de las novedades editoriales exhibidas en todo el centro de la ciudad menos en la librería Del Otro Costal. Por eso entró allí. Por eso y porque en los últimos tiempos había comido suficientes zanahorias como para poder observar los anaqueles de la librería Del Otro Costal sin salir con una jaqueca en cada lóbulo cerebral.

Pero a las dos horas de haber estado hojeando trescientos o cuatrocientos libros y de haber leído salpicadamente unos setecientos u ochocientos párrafos escogidos entre cincuenta o sesenta autores de nueve o diez nacionalidades, empezó a sentir en la boca del estómago un leve malestar que muchas veces en su vida había precedido en minutos el advenimiento de memorables cefaleas. Por eso –y no por la insistente mirada del librero, que abogaba por una definición entre comprar algo o irse a la mierda– se disponía a hacer esto último, cuando un libro le inmovilizó la musculatura de los ojos.

La cubierta era verde, con grandes letras blancas que formaban el nombre del autor y el del libro. Nada más. Ah, sí: también el de la editorial.

–La típica triquiñuela estúpida –dijo Simbad, en voz alta–. Aparente sencillez. Aparente ingenuidad. Mejor dicho: apariencia de ingenuidad aparente, como para que el lector potencial piense

“este libro no puede ser tan idiota, así que debe ser genial”. Es repugnante. Puajjj.

–¿Por qué no te vas a cagar? –le dijo el librero.

–Porque no traje papel higiénico –contestó Simbad–. Aunque pensándolo bien, podría llevar este libro.

El librero sacó a relucir un serrucho.

–Vení a decírmelo acá –dijo.

–Si guardás eso voy con mucho gusto –contestó Simbad.

Una mujer entró y fue directamente hacia el librero, quien guardó el serrucho.

–Porque no traje... –empezó a repetir Simbad, pero se interrumpió enseguida, comprendiendo que el librero había guardado el arma sólo a fin de crear condiciones adecuadas para que la mujer realizara la consulta o la compra que había venido a realizar.

–¿En qué le puedo servir, señora? –preguntó el comerciante.

–En nada –contestó la mujer–, a menos que tenga aquí el libro que yo necesito.

–¿Qué libro necesita?

–Ninguno –persistió la mujer en su actitud–, a menos que exista algún libro que hable sobre el Japón, su historia, sus costumbres, su geografía, su clima, su corrupción, su sabiduría. Mañana voy a partir en un crucero cuyo último destino es ese país, y quiero saber, cuando llegue, qué tierra estoy pisando.

–Va a pisar tierra, nada más –se metió Simbad–.

O algo parecido, pero tanto da. A usted le parecerá que Japón es muy diferente de este país, pero eso es falso. Las diferencias son mínimas. A mí me da risa ese gusto que alguna gente tiene por viajar.

Se masturban con las pequeñísimas diferencias que pueden encontrar entre un punto y otro de la superficie de este planeta, como si esas diferencias fueran más importantes que las que pueden existir entre esta cuadra y la siguiente, o entre su cara y la mía, señora.

–Ya tengo mi pasaje. Usted no me va a convencer de que no vaya –dijo la mujer.

–No me opongo, no me opongo a que viaje –aclaró Simbad–. Sólo le digo que no le va a servir de nada. Si lo que usted quiere es viajar, pero lo que se dice viajar de verdad, entonces no tiene que ir a Japón. Tiene que ir como mínimo a Urano o a Neptuno. Dirigirse a algún punto más cercano que éstos es nada más que una burda parodia de lo que significa viajar.

–Puede ser –concedió la mujer–. Pero las parodias, de todas formas, son divertidas, ¿no le parece?

–Es cierto –dijo Simbad–. Las parodias, algunas veces, son divertidas.

–¿Y usted cree que ésta en particular va a ser divertida? –le preguntó la mujer.

–No puedo saberlo –contestó Simbad–. Usted qué cree, ¿que yo soy Nostradamus?

–Hasta ahora no lo creía –dijo ella–, pero si usted lo dice...

–Yo no dije tal cosa –se apresuró a poner en claro Simbad.

–¿Qué cosa?

–Que yo soy Nostradamus.

–Sí, ya entendí, no es necesario que lo repita. ¡Ah, qué bueno sería tener un adivino a bordo! Si hubiera peligro de naufragio, lo sabríamos

anticipadamente, y tomaríamos las precauciones necesarias. Usted dirá “sí, pero entonces se alteraría el futuro que el adivinador predijo, por lo cual lo que él predijo no tendría ya lugar, y por consiguiente su predicción habría resultado falsa”, pero yo a eso le contesto “no importa, nene; mientras sea para bien...”. También puedo contestarle de otra manera, que es la siguiente. Cuando alguien realiza una predicción, no predice absolutamente todo lo que habrá de ocurrir en un momento determinado. Es más, hasta es posible que la expresión “todo lo que habrá de ocurrir en un momento determinado” carezca por completo de sentido, y aun es más: de acuerdo a la teoría de la relatividad espacial, la expresión carece efectivamente de todo sentido. Pero aun cuando eso tuviera algún sentido, sería imposible que el adivinador lo abarcara todo en su predicción. Y le digo más: como el adivinador en general no es un científico (supongo que usted no lo es), en las cosas que dice siempre hay términos que tienen significados imprecisos. El adivinador de a bordo puede decir, por ejemplo, “mañana caerá granizo”, y no se sabe cuál es la hora utilizada como referencia, si la del punto en que el crucero se halla en el momento de la predicción, o la del punto en que se hallará veinticuatro horas después, que puede no corresponder a la fecha señalada. Pero estos son detalles sin importancia. Lo que yo quiero explicarle, señor, es que, aun creyendo en la posibilidad de adivinar el futuro, no soy completamente determinista. La adivinación del futuro no es, en el fondo, más que una forma de literatura. Usted podrá decir, por ejemplo, “mañana se ahogará una mujer” y eso no quiere decir que usted sepa cuál

mujer habrá de ahogarse; y puede ocurrir que nadie lo sepa, y que inclusive eso no esté determinado de ninguna manera. Una mujer se ahogará. Ése es el futuro. No importa qué mujer. Muy bien: yo voy a tratar de que no me toque a mí esa suerte, y quizá la más desprevenida sea quien perezca. ¿Entiende lo que le digo? La frase “mañana se ahogará una mujer” es una predicción del futuro y al mismo tiempo no lo es. Es algo extraño. Es un absurdo, una trampa del lenguaje. Usted puede decir que se va a ahogar una mujer, y sin embargo no puede decir nada acerca de lo que le va a pasar a cada una de las mujeres que estén a bordo. Lo que usted predice, entonces, sólo se sostiene porque existe la palabra “mujer” que sirve para designar a varios de los entes que hay a bordo, los cuales supuestamente tienen algo en común. Pero ¿qué lo conduce a clasificar el contenido del crucero en esa forma? Puede haber otras mil clasificaciones, usted habrá leído sobre lingüística, me imagino...

–Creo que yo acá estoy de más –dijo en ese momento el librero, y se fue.

Salió de la librería, dejando solos en ella a Simbad Geigy y a la mujer, que siguió hablando.

–Si sólo se considerara como “entes” o como “objetos” de a bordo a aquello que tuviera homogeneidad de color, ¿qué podría decir el adivinador sobre el futuro de esos entes? Quizá absolutamente nada.

–No estoy de acuerdo –dijo Simbad–. El auténtico adivinador no sentencia el futuro en base a caprichos personales. Él tiene intuiciones y las comunica. Es natural que esas intuiciones concuerden con los conceptos con los cuales él

descompone la realidad, pero si los conceptos fueran otros, lo mismo él tendría intuiciones de futuro, referidas a esos otros conceptos, o a los entes en ellos representados. Pero si usted habla de un adivinador que es hombre, tiene que permitirle hacer predicciones sobre los hombres. Si quiere predicciones sobre los colores, busque un adivinador-color. Un color que vaya adquiriendo diferentes tonalidades según las intuiciones de futuro que vaya teniendo. Ese adivinador quizá existe, y usted no lo percibe.

Un hombre entró a la librería y se puso a mirar los anaqueles. Para evitar la confusa situación que habría de producirse si el individuo decidía comprar algún libro, Simbad le pidió gentilmente que se retirara. El otro, también gentilmente, dijo que no se retiraría un carajo. Simbad, entonces, le mostró el serrucho del librero. El individuo sacó, de un portafolio que traía, un taladro marca Black and Decker.

–Sí, pero no tenés donde enchufarlo –le dijo Simbad.

–Es cierto –dijo el otro, y se fue, guardando desfachatadamente en el portafolios no solamente el taladro, sino también las obras completas de Georges Simenon y las de Isidore Ducasse.

–Además –siguió diciendo Simbad a la mujer– lo que vos decís niega la posibilidad de la ciencia física. Fijate que un tipo que estudia el comportamiento de un gas, por ejemplo, puede predecir lo que harán en su conjunto todas las moléculas que lo forman, sin poder decir nada sobre lo que hará cada una de ellas en particular. Y eso no invalida su trabajo ni teórica ni prácticamente. Es más, quizá hasta el crucero que

vas a tomar mañana sea una realidad gracias a ese físico.

–No me tutees, imbécil, yo no te di confianza –dijo la mujer–. Pero usted se equivoca en una cosa: cuando un físico dice “molécula”, no está haciendo lo mismo que un adivinador que dice “mujer”. Es más, un físico –de esta época, al menos– no puede permitirse decir “mujer”. La física no llegó todavía ni cerca a poder hablar así. Son muy pocas las palabras de que dispone. Es como un niño que se enseñara a hablar a sí mismo, ¿no le parece? Aquí también hay algo paradójico. El niño no sabe hablar, pero para poder enseñarse tiene que saber. Sin embargo, el habla no preexiste al aprendizaje que el niño hace de ella, ya que en el mundo no hay nadie más. ¿Cómo es posible entonces que el hombre aprenda física? Y sin embargo aprende.

–Eso se debe a que el hombre es muchos hombres. Muchos hombres y muchas mujeres –dijo Simbad.

–¿Trata de insinuar algo en particular? –preguntó ella. Y dijo algo más, pero Simbad no lo oyó. Un ruido ferozmente ensordecedor empezó a sacudir los anaqueles de la librería y las bóvedas craneanas de Simbad Geigy y de su simpática interlocutora. La fuente del ruido se dejó ver enseguida, y aun alguien que no hubiese comido zanahoria en toda su vida la habría visto: era una gigantesca pala mecánica, pilotada por el hombre del portafolios con el Black and Decker. Los alaridos de placer de este hombre eran parte importante del ruido, compuesto también por el ronquido del motor y por los chirridos de las articulaciones que unían a las diferentes piezas que constituían la pala

propiamente dicha. Mesas con libros, mesas sin libros (porque se caían), libros sueltos, anaqueles y fragmentos de anaqueles (rotos por los choques con la pala) eran el festín de la máquina que, a la manera de los emperadores romanos, vomitaba todo lo que comía para poder volver a comer, ya que no tenía lugar donde almacenar tanto alimento.

–¿Qué quiere ese tipo? ¿Venganza? –preguntó la mujer, a gritos. Simbad había divisado una puerta en el fondo de la librería y arrastró a la mujer hacia allí. Daba a una escalera que conducía a un sótano. Se refugiaron allí, cerrando la puerta para que el ruido no les pervirtiera su estructura molecular.

–Putra madre, cómo me duele la cabeza –dijo Simbad.

–¿Estaremos seguros acá? –preguntó la mujer.

–Sí, claro –contestó Simbad. La pala no puede bajar hasta acá, y si baja el tipo solo, sin pala, yo lo voy a deshojar como si fuera una margarita. O un cuaderno con espiral.

–Espero poder salir de acá con tiempo para volver a mi casa, bañarme, maquillarme, preparar mi equipaje y llegar al puerto antes de que zarpe el crucero.

–Yo no asumo esa responsabilidad –dijo Simbad

–¿No? Sin embargo fue usted quien me obligó a bajar hasta acá– le espetó la mujer.

–Fue para salvar su vida, desagradecida. Conténtese con eso. Yo presumo que ese tipo, antes de un par de horas, se va a cansar y se va a ir. Pero no puedo estar seguro.

–¡Cómo que no puede estar seguro! ¿No dijo que usted es Nostradamus? ¡Vamos, hombre!

¡Prediga el futuro! ¿Voy a llegar al crucero?

–También puede ser que la policía de tránsito lo detenga –siguió especulando Simbad, haciendo caso omiso de lo que la mujer le preguntaba.

– Idiota, le hice una pregunta –insistió ella.

–Hace mal en expresarse de esa manera –dijo entonces una voz que no era la de Simbad. El detentador de esta voz había estado en el sótano desde que Simbad y la mujer hubieron entrado, e incluso desde antes, pero ellos no lo habían visto, por dos razones: primeramente, la acometida de la pala mecánica los había puesto en un estado de gran excitación; en segundo término, la dieta de Simbad y de la mujer, en las últimas semanas, había sido demasiado pobre en zanahorias, y el sótano estaba iluminado de modo más que deficiente.

–¿Usted quién es? –preguntó la mujer, y esta pregunta se pareció mucho al grito asustado que a tiempo supo suplantar.

–Soy Konrad Betty Zadura, para servirle –dijo el aparecido.

–¿Konrad Betty? –exclamó Simbad–. Qué rara combinación. ¿Usted es transformista?

–No. Soy troló, pero no transformista. Mi padre era católico y quería ponerme José María, pero mi madre era pagana y me puso Konrad Betty. Ustedes no deberían dejarse impresionar por la antinomia masculino-femenina de mi nombre. En él hay cosas mucho más interesantes que eso.

–¿Cuáles? – preguntó Simbad, forzando la vista en un intento de captar con la mayor exactitud posible las facciones de su interlocutor y la expresión que las animaba; tal intento fracasó estrepitosamente, porque el sitio en el que Simbad

había fijado la vista resultó ser una mancha de humedad de la pared. Zadura estaba situado a más de tres metros del punto al que Simbad miraba.

–Perdonen que interrumpa –dijo la mujer–, pero quiero que el señor Zadura me explique por qué hago mal en expresarme de la forma en que me expresé cuando él me dijo que hacía mal en expresarme de esa forma.

–Yo no dije forma, dije manera –contestó Konrad Betty–. Algunas personas creen que forma y manera son la misma cosa, pero no es así, aunque yo entiendo cuáles son las circunstancias que motivan esta confusión: la gente la infiere del hecho tan singular de que toda forma es una manera, y toda manera es una forma. Pobres idiotas. Se dejan engañar por sus propias glándulas sublinguales.

–Hace mal en expresarse así –dijo la mujer.

–¿Así? –exclamó Zadura dando un brinco que permitió a Simbad, por fin, localizar su figura–. ¿Así cómo?

–Como acaba de expresarse –dijo ella, impertérrita.

–¿Y cómo acabo de expresarme? –recicló Zadura.

–¿Acaso no tiene memoria, estúpido? –dijo la mujer, erizada de odio por los segundos de vida que aquel hombre, según su criterio, le estaba haciendo perder.

–Hace mal en expresarse de ese modo –dijo entonces Simbad.

–Desarrolle, desarrolle esa idea –le pidió doctoralmente Konrad. ¿De qué modo se expresó la señora?

–De modo incorrecto, imbécil –contestó

secamente Simbad.

–Esa expresión sí que está fuera de lugar – lo reprendió la mujer–. El señor Zadura le estaba hablando con total amabilidad.

–Perdone, señora –dijo Konrad–, ¿podría yo esperar que usted también fuera amable, y me indicara cuál habría sido el lugar indicado para la expresión que este señor utilizó hace apenas unos momentos?

La mujer se acercó a Konrad para abofetearlo. Ella, que instantes antes lo había defendido, ahora estaba furiosa. Ya lo había estado antes, pero Konrad Betty Zadura había conseguido seducirla y atraerla a las oscilaciones de su péndulo temático. Pero había logrado liberarse, y descargó la bofetada con una fuerza de dieciocho kiloponds. Sin embargo, le ocurrió lo mismo que antes le había ocurrido a Simbad. Los kiloponds fueron recibidos nada menos que por una pared, y por ésta devueltos a los nudillos de la agresora, que se desmayó con una mueca de estupor fija en el rostro.

Horas después, cuando despertó, estaba tendida sobre un frío anaquel, como ejerciendo la suplencia de toda una hilera de libros. Simbad Geigy la miraba desde el fondo, sentado en un escritorio. Ya no estaba en el sótano. Había vuelto al salón principal de la librería. Todos los daños causados por el loco de la pala mecánica habían sido misteriosamente reparados. La mujer meditó un poco sobre esto. Calculó el tiempo necesario para efectuar esas reparaciones, y cuando recordó lo de su viaje a Japón, creyó que ya se le había pasado la hora y, saltando del anaquel, empezó a llorar, a gemir y a tirar librazos a la cabeza de Simbad.

–¡Cálmese, señora! ¿Qué le pasa? –dijo éste, acercándose a la mujer y torciéndole el brazo contra la espalda, para inmovilizarla.

–¿Qué día es hoy? Ya perdí el crucero, ¿no es cierto?

–No –dijo Simbad, soltándole el brazo pero, excitado por el contacto corporal, agarrándole una teta; ella le apartó la mano con brusquedad y se alejó un par de metros. Todavía tiene varias horas por delante. Pero no se vaya. Llamé a un médico. Conviene que él la examine antes de emprender ese viaje.

–¿Cómo hizo para restaurar la librería? ¿Qué pasó con los anaqueles rotos? ¿Cuándo se fue el tipo de la pala? –la mujer, como en una mala obra de teatro, se llevó una mano a la frente mientras hacía estas preguntas. Simbad, coprotagonista en la misma obra, le acercó una silla y le pidió que se sentara.

En ese momento entró a la librería el doctor. Tenía puesto un traje verde oscuro, camisa blanca a rayas beige, corbata negra y llevaba un monóculo en cada ojo. Su vestimenta y su peinado habían cambiado, pero la mujer lo reconoció: era Konrad Betty Zadura.

–Por acá, doctor –dijo Simbad–. Ella es la paciente. Se desmayó. Acaba de volver en sí.

–A ver, a ver –dijo Zadura, frunciendo el ceño y tomándole el pulso a la mujer. ¿Sufre desmayos con frecuencia?

–No –dijo ella–. Sólo cuando erro las bofetadas que lanzo contra los idiotas como usted.

Zadura, ni corto ni perezoso, la tomó del pescuezo con ambas manos.

–¡Qué está diciendo, loca! ¡Loca de la cabeza!

–le dijo, llenándole la cara de saliva.

Simbad, que no esperaba esa reacción de parte del médico, le aplicó en la nuca un golpe de Larousse. El facultativo cayó al suelo, sin sentido.

–Perdone, le pido por favor que me perdone –dijo a la mujer–. Este debe ser un falso médico. Yo sabía que los falsos médicos existían, pero nunca pensé que mi propia agencia me enviaría uno. Es la primera vez que me pasa; le juro que estoy consternado. Dígame qué puedo hacer para ayudarla a olvidar este mal momento.

–No sé adónde quiere llegar con esa historia, señor –dijo la mujer, con seriedad–. Dígame de una vez qué farsa están tramando usted y este Konrad Betty Zadura. Y dígame también si el tipo de la pala mecánica está arreglado con ustedes.

–No sé de qué Konrad me habla, ni de qué farsa, ni de qué pala –dijo Simbad–. Despierte, señora. No sé en qué delirio estará usted. ¿A qué droga es adicta?

–Al suero de la verdad –dijo ella.

–¿Sí? Pero debe hacer un buen rato que no lo toma.

–El suero de la verdad no se toma, pichón. Pero yo nunca me di con eso. Sólo lo mencioné como un recurso retórico, ¿me entiende? Para que sepa que no estoy delirando, que digo la verdad. Este individuo –dijo pateando el hígado del doctor, que seguía yaciendo en el piso– estaba hace un rato en el sótano, vestido con ropa no verde, como ésta, sino gris, el mismo gris de las paredes húmedas y podridas que hay ahí abajo.

–No sé de qué sótano me habla –dijo Simbad, y sus ojos, como queriendo negar la realidad de tal

lugar, quedaron enfocados fijamente en el cielorraso.

–El sótano del que hablo es el de esta librería. El que está al otro lado de esa puerta.

En efecto, Simbad vio que había una puerta en el lugar que la mujer señalaba.

–Yo nunca abrí esa puerta –dijo–, pero no creo que conduzca a un sótano. Debe ser la puerta del cuarto de baño, ya que otra puerta no veo, y supongo que este local tiene que tener por fuerza un cuarto de baño.

–¿Qué pasó? –dijo entonces el médico, volviendo en sí y levantando la cabeza unos centímetros. Pero sus palabras fueron apenas audibles, como si en el trayecto entre las cuerdas vocales y la boca del médico hubiera habido toda clase de obstáculos, desde sapos y culebras hasta cortes de paño lency.

–Tuvimos que reducirlo –le dijo Simbad, ayudándolo a incorporarse–, y por ello le pido más de mil disculpas. Espero que las acepte, doctor, pero entienda que fue una actitud justificada. Lo que usted hizo estuvo muy mal, amén de que viola el juramento de Hipócrates. Yo lo llamé para que asista a esta señora, no para que la estrangule.

–Bien, señora –dijo el médico, sacudiéndose el traje de un polvo inexistente–, la escucho. Dígame de qué sufre. Y antes de que comience su disertación permítame advertirle que yo no cobro por consulta, sino por tiempo, así que usted sabrá lo que le conviene.

–Perdón otra vez, doctor –dijo Simbad– pero antes de que la señora nos diga qué es lo que le pica, quisiera hacerle una pregunta sobre un tema de cuya elucidación depende el que usted permanezca aquí

o sea despedido a patadas en el culo. La pregunta es ésta: ¿por casualidad no será usted un falso médico?

—Si tuviera acá mi diploma, se lo refregaría en la nariz —dijo el médico, pero enseguida se rectificó—: no, espere un momento, no se lo refregaría. Simplemente se lo mostraría. Eso sería suficiente para que usted se retirara con la cola entre las patas. Pero no traje mi diploma, así que si quieren que asista a esta señora... ¡epa! ¿dónde está?

La mujer, en efecto, había desaparecido. Simbad no se sorprendió de ello menos que el médico. Ninguno de los dos la había visto desaparecer, pero en algún momento de la conversación entre ambos, eso había debido ocurrir.

Cuando los dos hombres se disponían a empezar a pensar en ponerse a buscar a la mujer, oyeron el ruido característico del vaciamiento del agua de una cisterna. Instantes después se abrió, al fondo de la librería, la puerta del cuarto de baño, y apareció la mujer.

—¿Dónde se había metido? Estábamos preocupados por usted —le dijo Simbad.

—El dónde se había metido está muy claro, señor —dijo el médico, nada conforme con las palabras de Simbad—. La pregunta que correspondería hacer es cómo esta señora llegó allí.

—Son detalles que tocan a la intimidad de una mujer —dijo la mujer, con visible irritación—. Usted será médico y eso lo habilita quizá para meter sus manos entre mis piernas, pero...

—¡Un momento! —la interrumpió Simbad—. Justamente, el que este señor sea médico o no, es algo que todavía está en discusión, y él no aportó hasta el momento ninguna prueba concluyente en

favor de ninguna de las dos hipótesis.

–Ya le dije que no traje mi diploma –rezó el médico, y se puso a hurgar en sus bolsillos, de donde extrajo un papel amarillo doblado en cuatro; lo despegó, lo alisó sobre una mesa y dijo:– lo que tengo acá es el diploma de un amigo mío, el doctor San Nicolás Estévez. ¿Lo ven? Es auténtico. Está firmado por el rector de la Universidad, el contador Madariaga.

La mujer no prestó atención al diploma. Se puso a mirar los lomos de una hilera de libros.

–Creo que sí, es auténtico –dijo Simbad, arrebatando al médico uno de sus monóculos para examinar el diploma–. Pero eso no significa nada. Yo también tengo amigos médicos, y eso no implica que yo lo sea.

Dicho esto, Simbad empezó a confeccionar un avioncito con el documento.

–Sin embargo –dijo el médico, sin prestar importancia a la agresión– esos amigos suyos no le confían a usted la custodia de sus diplomas. El doctor San Nicolás Estévez, en cambio, sí me confió a mí la custodia del suyo. Creo que ese solo hecho es por demás elocuente.

–Usted se enorgullece de que le confíen la custodia de ese diploma, pero no mueve un dedo cuando alguien como yo lo usa para construir un ridículo avioncito de papel. ¿Cómo explica eso?

–Ese papel es sólo un símbolo; no tiene ningún valor en sí mismo. Mi función es defender la integridad profesional de mi amigo, no la integridad de ese papel, que por otra parte no fue afectada ya que usted lo dobló pero no lo rompió.

–Explíqueme también otra cosa –continuó

Simbad-. ¿Cómo puede un contador, que no sabe nada de medicina, avalar un título de médico?

-El contador Madariaga es el rector de la Universidad. Él rige los destinos del Universo - contestó el médico, sembrando en Simbad múltiples temores e interrogantes que no pudieron ser disipados en ese momento, porque la mujer se le acercó dando grandes brincos y festejando a viva voz el haber encontrado el libro que buscaba. Se llamaba "Japón" y su autor era Su Merced Mófam. Estaba editado por Arromortu. Estos datos figuraban en la cubierta con grandes caracteres de color blanco, sobre un fondo verde que en realidad no era tal, porque estaba al mismo nivel que las letras.

-¿Podría devolverme mi monóculo? -dijo el médico a Simbad-. Quisiera examinar ese volumen. Permítame, señora.

La mujer se lo dio y Simbad esperó con desconfianza el dictamen del facultativo. Su desconfianza estaba dirigida más bien al libro que al examinador. Esa aparente austeridad, esa sencillez que pretendía ocultar el resplandor esnob que brillaba en ese verde intenso y en esas letras tan exageradamente blancas...

-Ese libro es falso -dijo por fin el doctor-. No lo lea, señora, por su bien. Es total y absolutamente falso.

-¿Es apócrifo? -preguntó la mujer.

-No, no es apócrifo, señorita. Es falso.

-Ya oyó lo que dijo el doctor -dijo Simbad a la mujer-. Así que lleve ese libro al sitio de donde lo sacó y olvídense para siempre de él.

-De ninguna manera -replicó ella con firmeza-. Yo entré a esta librería para comprar este

libro, y eso mismo es lo que voy a hacer ahora: comprarlo.

–Permítame ver ese libro –dijo Simbad arrebatando el libro de las manos del doctor; lo hojeó con neurosis policíaca–. Aunque el libro fuera auténtico, no le serviría de nada –dijo–. No trae ninguna información sobre Japón, ni sobre su historia, ni sobre sus costumbres, ni sobre su clima, ni sobre su corrupción ni sobre su sabiduría. Es sólo una vulgar novela. Todo lo que dice es fruto exclusivo de la imaginación de Su Merced Mófam. Es verdaderamente repugnante.

–De todos modos voy a comprarlo –dijo la mujer.

–¿Debo entender que usted se caga en lo que yo le digo?

–Vaya al baño y cerciórese usted mismo.

Simbad empezó a caminar hacia la puerta del fondo.

–¡Ey, espere! –lo detuvo la mujer–. Antes devuélvame mi libro.

–Ese libro todavía no es suyo –dijo el doctor–. Usted no lo compró.

–Voy a comprarlo ahora mismo –dijo ella, pero inmediatamente notó que no llevaba consigo su cartera, y pidió a Simbad:– cuando vaya al baño, por favor, tráigame mi cartera. La dejé olvidada allí.

–Con mucho gusto –dijo Simbad–. Mientras tanto, si no tiene inconveniente, este libro queda bajo mi custodia.

–Usted no es el propietario de esta librería –le hizo notar la mujer–. Tanto derecho tiene usted a quedarse con ese libro, como tengo yo.

–Entonces, ya que ambos tenemos el mismo